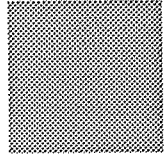


Ocho crónicas sobre televisión española*



JOSÉ ANTONIO REY DEL CORRAL
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

A propósito de
«Pippin»

Alguna de las corrientes comunicológicas en boga aboga por la idea de que la historia del futuro quedará reducida a una imagen de televisión de la que se excluirá el acontecimiento. En realidad, los acontecimientos seguirán su propio curso sin que logren afectar nuestra visión, sin que la ocurrencia televisiva padezca en absoluto. Lo que aparezca en pantalla —la pantalla, nunca mejor dicho, actuará como una pantalla— será otra cosa. El viejo narrador —que mintiera o no, no importa— que solía decirnos cosas por el estilo de «yo estuve allí», o «lo vi con mis propios ojos» vendrá a ser sustituido por un actuario que dirá algo así como «yo desde esta pantalla, os voy a ocurrir lo que vais a ver, creedme» o «mirad, mirad con el ojo del asiento». Lo significativo no consistirá, por lo tanto, en que las historias sean firmadas, ni siquiera que aparezcan filmadas; lo significativo será que parezcan filmadas y que, existencias aparte, sean seguidas de algún debate en frecuencia modulada.

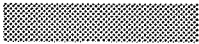
Pues, en efecto, cada vez más, todo lo que ocurre en pantalla es importante y nada de lo que importa ocurre. La antigua fe se preciaba de creer aquello que no veía; su actualización consiste en tragarse lo que se nos enseña.

* Estos ocho textos han sido publicados en el periódico EL DÍA, de Aragón.



Vivimos tiempos falsos o quizá lo falso sea querer vivir en el tiempo. Nada es lo que parece ser. Se dice distinto de lo que acaece. Lo que acaece, si es que acaece, apenas concuerda con lo que se trasmite. Por ejemplo, el mundo está lleno de lectores que, cada vez más eligen lo que ocurre en los platós. La insoportable pesantez del ser—en realidad una cruz que las gentes llevaban a cuevas— ha dado paso a la salita de estar del mirar, donde los telemirones asisten recalcitrantes, desde la nueva óptica de 65 dioptrías, a las cuestiones que se les presentan, cada vez más carentes de antecedentes aunque no por ello dejen de estar llenas de consecuencias.

Mientras su joven amito—incapaz de seleccionar, aunque tampoco es que tenga muchas opciones para hacerlo, alguna historia con futuro— permanece absorto nada tiene de extraño que Pippin haga aborrecido las maletas. Por lo que se ve el mejor amigo del hombre puede que sea el perro, pero el peor enemigo del perro es la televisión.



Tiempo de creer

En el reparto de los beneficios constitucionales que se proyectan en los televisores a la hora de la sobrecena hay cierto colectivo al que le ha tocado bailar con la más fea. Me estoy refiriendo al desamparo tanto material como espiritual al que han sido condenados los ateos. Así, mientras un buen número de teologías y convicciones realmente existentes en nuestro país (y que merecen todo nuestro respeto) disponen de unos preciosos minutos para el proselitismo y la autojustificación, los ateos de toda laya quedan absolutamente excluidos del asunto de las apariciones; literalmente despantallados. Y conste que no me refiero solamente a los inactivos agnósticos o a los ateos recalcitrantes—que más parecen convertidos que convencidos— sino a los ateos estructurales. En comparación con los activistas teológicos resulta injusto, a todas luces, que el racionalismo radical, de cuyo legado, todos—creyentes y no creyentes— somos beneficiarios históricos, quede privado de voz e imagen al unísono, en un solo apagón catódico.

Aquí, cualquier teósofo de tres al cuarto o cualquier visionario de paranormalidades goza de prerrogativas que se niegan a los racionalistas adultos, aunque estos también paguen religiosamente sus impuestos, como cualquier filio de vecino. El gravamen comparativo por el que se les exonera de

la predicación de los argumentos que les son propios da a entender que padecen la fobia mal temperada de los crédulos y que son objeto de persecución televisiva. Solana para los otros; umbría para ellos.

Lástima que no hayan sabido organizarse, piramidalmente, en logias, a la hora de difundir el logos, lo que no debería de ser razón para la sinrazón que se les opone. En todo caso, debería dispensárseles de su error y otorgárseles un trato equitativo aunque fuera escaleno. Eso, eso, aunque solo sea por humanitarismo. Pescao para todos.



Últimas preguntas

En materia de emisiones televisivas no tengo nada claro el que ciertas horas exijan un determinado tipo de programación con exclusión de otras opciones, pero de lo que estoy seguro es de que hay programas que solo casan con una clase de horario. A la hora de visionar una corrida de toros me asiste la certeza de que he de hacerlo a las cinco de la tarde o a más tardar no más allá de las siete.. Sé que solo las becerradas pueden ser transmitidas en torno al mediodía; también asumo la licencia de una corrida en horas nocturnas pero siempre y cuando sea goyesca o chinesca (que para eso están las sombras). O los espectáculos eróticos: su consumación ha de coincidir con la nocturnidad más plena; su adelantamiento se me figura que plantearía serias dudas morales, y, desde luego, es incompatible con la siesta. Otrosí, las películas de vampiros: su eficacia se arruina si no se proyectan entre la una de la madrugada y las primeras del alba, pues como nadie ignora tales pajarracos se espantan a los primeros tornasoles. En cambio, las emisiones parlamentarias caerían en el vacío si se transmitieran en lo opaco de la tarde: la cosa quedaría entre cuatro portavoces.

Lo más extraño, sin embargo, ha ocurrido, y me parece preocupante: me refiero al espacio «Últimas preguntas» que ha sido cruelmente mudado de lo incierto de la primera noche (sólo la nocturnidad favorece el que los más tremendos interrogantes queden sin respuesta) a tempranas horas de la tarde, casi en pleno abuso del mediodía, cuando un sol prácticamente cenital no deja resquicios para la duda. Ese giro copernicano-que, a no dudarlo, hubiera estremecido al mismísimo Galileo- ha transformado la sugerente irrealidad lunar del espacio en cuestión en una realidad seca, insoporta-

blemente solar. Una inversión de conceptos de las que hace órdago. Lo metafísico de las preguntas se ha convertido en una muy física promoción turística. Lo profético ha devenido en simplemente fáctico. Puede que la fe permanezca intacta pero la esperanza, simplemente, ha salido malparada.

Tinte local

Curiosa manera la de la Televisión Reglamentaria al dar noticia de la presencia de la paz en las calles de Zaragoza. Por el doble procedimiento (cosas del doblaje) de recortar la imagen para que así se vea menos la concurrencia que se opone a la guerra y mediante el latiguillo insidioso de calificarla como de «tinte local». ¡Bueno, pero qué otro tinte querrían!. En Zaragoza como en Madrid o en París o en Roma o en el Vaticano estaban los vecinos del lugar, sin distinción de credos, urgiendo a un diálogo que no va contra nadie sino a favor de todos. No es cosa de entrar en una guerra de cifras pero, desde luego, había bastantes más de los que el editorialista de oficio proponía con vergonzante logística. Inmunodeficiencia crítica, la del editorialista, que se fosiliza, haciéndose fuerte en su ignorancia calculada; amnesia de los fines para los que debiera ser usada la televisión pública (informar, educar, entretener), y que conculca obturando el objetivo, portadora de ese trípode que la aísla del mundo sensible, de la sensibilidad de la calle. Lo dicho, curiosa manera la de la televisión reglamentaria, al negar el universal sentimiento de que la guerra es una putada que no nos merecemos los lugareños.

Wimbledon

Dicen, los que lo dicen, con cierta poderosa falta de imaginación no exenta de humor, que una imagen vale más que mil palabras. Lo dicen por seguir la línea de la menor resistencia, por pura comodidad, sin percatarse, acaso, de los irreparables daños que causan al público lector. Locutor de imagen que la hace suya, locutor que asesina a numerosos lectores indefensos. Tal afirmación encierra un prejuicio, además de un perjuicio, que sería bueno combatir aunque fuera con una simple parábola. Veamos: comparecen, en teoría, ante nuestros ojos, sobre la yerba de Wimbledon dos jugadores, disputando la final. La bola va y viene— el televidente cree que ante su mirada, aunque lo cierto es que lo escucha a través de la voz en off no de uno sino de dos redundantes locutores que

muy bien pueden ser el joven Matías Prat y el veterano Andrés Gimeno. Ambos, con un matemática verbal absurda van sumando puntos: 15, 30, 40, 45.... ¿Ha probado usted a cerrar los ojos? Hágalo, y oirá con asombro que ocurre lo mismo, que su visión no resiente por ello, que la suma de tantos no altera el producto final. Entonces, a qué viene esa machaconería de televisar partidos y de insistir en muertes súbitas cuando se trata claramente de un asunto de radio. Creo sinceramente, después de haberme ofuscado durante numerosos solsticios oyendo al inevitable dúo transmisor repetir las impensables sumas de los no menos inevitables Lendl, Wilander, Navratilova o Evert, haber dado con la clave del enigma: los partidos se televisan no por los partidos en sí sino para que los telespectadores puedan ver a los duques de Kent bajar de su abono — altísimo abono pero abono al fin y al cabo— a ese césped donde a cambio de una bandeja de plata reciben la ridícula genuflexión de la Navratilova o el mohíno cabeceo de Lendl. Se trata de retratar un gesto no sólo ridículo sino espantosamente feudal.



Socialización

Vino al mundo rebozado de grasa como casi todas las criaturas. Unas manos benignas se la despartaron, y entonces, sintió el primer frío de la individualidad, ese ramalazo que le hizo prorrumpir en llanto.

Desde entonces, mientras crecía, cada vez que el termómetro alcanzaba hacia abajo temperaturas álgidas, e incluso, en lo tórrido de la lucha por la existencia, se le venía a la memoria aquel frío inaugural y el consiguiente proceso de socialización en el que se había visto sumergido. Y recordaba al pilluelo que había sido luego: aquel que escondía en el viejo plumier pavoridas lagartijas, o grillos de pánico que cantaban, de pronto, como despertadores, en medio de la solemnidad de los teoremas.

— Bien caro lo pagara, arrodillado sobre el cemento frío durante larguísimos inviernos escolares a los que el verano llegaba tarde y corto. En el antiguo plumier aún guardaba junto a raídos cromos y secos regalices de palo una idea vaga de la libertad disecada.

Andando el tiempo y los rigores de la pedagogía-demagogia adulta que se aplica a las malignas criaturas indefensas

vino a dar en un ser extraño y lleno de compostura que aspiraba, aunque fuera por un solo día, a aparecer en televisión.

Al fin, logró su propósito. Ahora, podíamos verlo, cancan-eando en ese debate televisivo, mientras sentaba doctrina, muy serio, con ese dossier que consultaba, de reojo, sobre las rodillas. A la sazón, mostraba unas interesantes zonas alopécicas de desigual geometría y los antiguos guiños pícaros con que respondía a los glaciales castigos se le habían convertido en una fijación rigurosamente subordinada al conductor del programa. Una vez dentro del formato en cuestión y solventados los primeros apuros, era capaz de citar ristras de bibliografía, y el recurso al método —ya que no el método del discurso— se prodigaba desde esa irresistible catatonía. Le oíamos hablar de *niveles*, de *cuestiones de orden*, por *alusio-nes*, tal que parecía un candidato a subsecretaría. Ante tan fría prosa, hubiéramos jurado que estábamos ante un «hombrecito». Luego, la pantalla se llenó de nieve, mientras una voz en «off» nos invitaba a proseguir el debate por la radio.



CNN

Esta guerra, que no es guerra, donde las víctimas se cuentan, en principio (es una cuestión de principios) con los dedos de una mano, en una de las más bajas tasas de mortalidad por tonelada de explosivo arrojado, según los partes de las partes en conflicto (más bajas causan los accidentes de las bombonas de butano), esta guerra simplemente no existe o se reduce a un fuego cruzado de armas semióticas que disparan acrónimos, invulnerables a cualquier significado.

Esta guerra que, al parecer, nadie quiere, que solo existe en la imaginación del pacifismo, porque cómo iba a justificarse el pacifismo si no hubiera guerra (si vis bellum para pacem), esta guerra, digo, ha causado un nuevo tipo de víctima, la víctima incruenta de los corresponsales de guerra desplazados a los estudios de televisión de la zona en conflicto, donde no hay guerra y desde donde transmiten el último vídeo-juego de la CNN, que tiene la exclusiva de la batalla. Ahí, mesmerizados, fascinados, los corresponsales de guerra, los herederos de Hemingway, cubren de comentarios la sobremesa de los espectadores de la no guerra. Existe la sospecha de que el premio Pulitzer quedará desierto.



Repulsión

Solo una duda se presenta ante los anunciantes; la de si transmitir la pena capital en directo o en diferido. Hace falta mucha sangre fría para decantarse por cualquiera de las opciones habida cuenta de que no existen, por el momento, estudios de audiencia al respecto. Desde un punto de vista técnico no hay mayor problema; se impone el plano largo, toda vez que el protagonista no queda, después de ejecutada la sentencia, en disposición de repetir el papel. Son exigencias del guión.

Las tres unidades de la preceptiva Aristotélica -acción, lugar, tiempo- coinciden, en éste espectáculo, admirablemente: condenado, cadalso o silla eléctrica, instante de la agonía. Y no es cosa de suspender en el aire el hacha del verdugo o de detener el dedo ante el interruptor eléctrico, pues consideraciones humanitarias lo desaconsejan. De lo contrario, podría herirse la sensibilidad del coro formado por el alcaide de la prisión, el capellán que imparte los últimos auxilios y el galeno que ha de certificar la defunción del reo del film. El problema radica en la publicidad. No tanto la estática, que representa la justicia ciega, la cual sostiene la romana con la que sopesa agravantes y atenuantes, sino en la conveniencia de insertar ese spot comercial que nos tienta, por ejemplo con cierta marca.